

ángeles os miran, y tienen en sus manos los incensarios de oro para elevar en ellos el suavísimo timiama de vuestras oraciones y deseos hasta el trono del Altísimo. Pronunciad de nuevo aquellas palabras con que quedásteis de una vez consagradas al amor divino y desposadas con el Rey de la gloria; hablad, que apenas habreis otorgado vuestro consentimiento al divino desposorio, mil himnos de júbilo serán entonados por los coros celestiales, mil coronas se labrarán para colocarlas en vuestras sienes el día en que el amor paciente y atribulado con que nos unimos á Dios en la tierra, se conmute con aquel amor dichoso y feliz, que beatifica á las almas en el cielo, que deseo á todos. Amen.

DISCURSO FÚNEBRE

PREDICADO EN LAS

HONRAS QUE HACE ANUALMENTE LA GUARNICION MILITAR

DE LA HABANA.

Judas Machabeus duodecim millia drachmas argenti misit Jerosolymam offerri pro peccatis ortuorum sacrificium.

Judas Macabeo envió doce mil dracmas á Jerusalem para ofrecer un sacrificio por los pecados de los difuntos.

(MACHAB. II, cap. XII, vers. 43.)

Grandioso es el espectáculo donde campean á la par las glorias de la Religion y las de la guerra; y no pueden ménos de surgir ideas sublimes en el espíritu, cuando vemos que el héroe de cien combates, á cuyas plantas yacen tendidos miles de adversarios, se llega á las sagradas áras á rendir al Dios invisible homenajes de adoracion y gratitud, al paso que aquellos ojos que centelleaban entre los azares de la guerra, se humedecen con lágrimas de compasion hácia aquellos que sucumbieran en el ardor de la batalla. Sí: se cree vulgarmente que no pueden fraternizar el heroismo del soldado y la piedad religiosa, y ciertamente es este un error que sólo podrá nutrirse en el entendimiento ensimismado, mas no en aquellos que, como veloces águilas, dan rápidos vuelos por los fastos del mundo, y examinan con vista perspicaz los diferentes eventos de los siglos presentes y pa-

sados. Veamos lo que ocurrió hace más de dos mil años. Los sucesores del gran Alejandro forman ligas para aniquilar el cetro de Israel; atacada la Religión é independencia de este pueblo, un noble entusiasmo prende cual chispa eléctrica en todos sus moradores; aparecen capitanes ilustres y guerreros denodados, que, conducidos por un hábil general al campo del honor, pelean por sus vidas, por sus leyes y por su templo, midiendo su brazo contra una muchedumbre audaz y orgullosa. Más de ciento veinte mil enemigos aniquilados; más de treinta batallas ganadas; más de veinte generales vencidos y derrotados; ciudades tomadas; provincias subyugadas; reinos conquistados; riquísimos botines adquiridos; cetros, coronas y mantos purpúreos recogidos en las refriegas, no enorgullecen el ánimo del gran héroe de tanta hazaña consumada. Aquel espíritu, siempre fogoso como el leon en el fragor estrepitoso de las armas, tiene toda la mansedumbre del cordero, y despues de haber amontonado los cadáveres de reyes, de príncipes, de generales, de soldados y de la plebe enemiga; despues de haberse paseado intrépido entre máquinas, aríetes, espadas, lanzas, elefantes, caballos y carros acerados, arrollando á cuantos le disputaban el terreno, vuelve su vista al santo templo, entona himnos de accion de gracias al Sér divino, al Dios de las victorias, y como amigo tierno que jamás se olvida de los compañeros de sus glorias, ofrece en el altar purísimos timiamas, sacrificios de expiacion, para mover á piedad el corazon divino á favor de aquellos que murieron con gloria defendiendo sus creencias y su pátria: era este héroe Judas Macabeo: *Judas duodecim millia drachmas argenti*, etc., etc.

Para presentar esta verdad en un gran cuadro, no necesitamos más que registrar los anales de cada siglo y nacion, y encontraremos que hasta los campamentos militares de Roma idólatra tenian sus altares y sus sacrifi-

cadores. Mas no; no quiera el cielo que figure la mentira junto á la verdad; el Cristianismo nos evidencia que el valor más heróico es hijo de la piedad religiosa, y conserva, áun en este siglo de decadencia, ejércitos aguerridos, que no tremolan sus estandartes marciales sino al lado de la bandera de la Cruz, que no llevan otro lema que morir por su Religión y su Pátria, que unen, por fin, el valor de los Escipiones y Aníbalas con la piedad de los Luises y Fernandos: vosotros sois la prueba sensible de esta verdad, pues os encontrais hoy en este sagrado recinto animados de los mismos sentimientos del Macabeo, sin dejar de tener parte en mil combates gloriosos en que la Iberia, cuyos hijos sois, humillára el orgulloso poderío de cien naciones que intentaron destruirla.

Habeis venido al templo santo á derramar una lágrima de piedad hácia vuestros hermanos finados; habeis venido á extender vuestra mano generosa hácia las sagradas aras, ofreciendo en ellas al Eterno un sacrificio augusto en santa expiacion por las almas heróicas que pasaron al gremio de la eternidad, selladas con la sangre de Jesus, despues de haber sostenido con las armas la Religión y la Pátria, que Dios les hubiera dado. Justo es, pues, que sea yo el intérprete de los nobles y religiosos sentimientos de vuestro corazon, manifestando vuestra creencia en un dogma sagrado, que nos revela la justicia y santidad del Sér divino que adoramos.

Para conseguir este objeto y obtener cuanto ántes la libertad de las almas detenidas en los fuegos purificantes, oremos con humildad, saludando á María con las palabras del ángel.

AVE MARÍA.

Por corrompida que se halle la sociedad; por irreligiosos que sean los pueblos y naciones, hay en el fondo

de la humanidad una creencia profundamente arraigada, que rechaza con desden todo error sobre la divinidad. Se encuentran sociedades salvajes; existen pueblos civilizados; aquéllos no disfrutaban de los encantos de nuestra civilización, ni conocen toda la grandeza humana; éstos abusan de la abundancia de sus conocimientos, y miran con indiferencia las antiguas prácticas religiosas; pero unos y otros, á pesar de las pasiones que dominan en cada cuál, tienen una idea indeleble en su espíritu, la cual no es posible ahogar, ni entre las brutalidades de las selvas, ni entre el bullicio de las ciudades populosas: esta idea es la que nos dice que existe un Dios, que esencialmente posee todas las perfecciones; un Dios, que dejaría de serlo si no fuese justo y santo; es decir, que siendo la noción de la justicia la primera de las verdades prácticas que se presenta al entendimiento humano, tiene el hombre grabado en su alma el importante dogma de las penas y recompensas de la otra vida, como justa retribución de sus obras; es decir, que siendo Dios esencialmente santo, la luz natural predica al hombre que no puede tener amistad con este Sér divino si no conforma sus acciones con las ideas de Dios; estos principios están hondamente radicados en la masa de la humana descendencia, y son el cimiento que sostiene el gran edificio social, contra el cual nada puede la cavilosa razón. No nos engañemos; por mucho que se embrutezca el hombre en su ignorancia; por mucho que se degrade en su falsa ilustración, no puede prescindir de aquellos dotes espirituales de su alma, sensibilizados en cierto modo en su figura exterior, la cual, como afirma un sábio del paganismo, le fuera dada por Dios para que se elevase hasta el cielo.

Sin detenernos á explicar las consecuencias de estos dogmas, relativamente á la influencia que tienen en las acciones del hombre, elevémonos hasta la Divinidad

misma, alcemos el velo que los encubre en su santuario. ¡Oh, qué hermosura! Sentada en un trono de gloria más esplendente y puro que mil soles, examina con ojo perspicaz la conducta de cada uno de nosotros, y está esperando la conclusión de nuestra peregrinación para hacernos partícipes de la gloria que Él tiene por esencia. ¿Podrá pasar del vestíbulo celestial aquel que no esté proporcionalmente tan puro como el Dios á quien va á ver y gozar? No. ¿Podrá Dios admitirlo en su alcázar, si no se presenta con todas las galas dignas de tan excelso Soberano? No; porque Dios faltaría entónces á lo que exige su justicia y su santidad. Cuando el hombre se arrojó por su voluntad propia en el camino de la maldad, atacó directamente la justicia y santidad de Dios, granjeándose, con esta ofensa al Eterno, un castigo sin fin, para cuyo perdón fuera necesaria la sangre del Verbo divino; con ella queda lavado el hombre criminal y satisfecha la justicia de Dios; pero es necesario algo más para que el pecador, santificado con la sangre del Cordero, tenga parte en las eternas delicias. Dios ha decretado que no ponga el pié en su gloria el que se halle manchado; Dios por su bondad quiso perdonar al hombre la culpa y pena eterna por los méritos de su Hijo; pero al mismo tiempo decretó que esta pena eterna fuese conmutada en otra temporal, como lo exigía su justicia; el hombre, que no podía presentar una moneda bastante rica para comprar el paraíso perdido, debía, al ménos, cooperar con sus obras al logro de esta posesión, conservando la inocencia y santidad que se le dieran en la regeneración del bautismo, ó sustituyéndola con la penitencia, si alguna vez la llegó á perder. Hé aquí la economía de los decretos divinos, armonizando admirablemente con sus atributos esenciales de santidad y justicia; para entrar en la gloria es necesaria la ropa de la inocencia, en la cual no aparezca ni la más pequeña mancha: *Non intrabit aliquid coinquinatum.*

Si el hombre no ha satisfecho en la presente vida la parte que le correspondia con arreglo á la justicia de Dios; si no tiene aquella pureza y santidad que corresponden al que va á entrar en la mansion divina, las puertas del cielo no pueden franqueársele. La razon misma nos insinúa esta verdad; luégo que un príncipe del mundo eleva á un vasallo de clase pobre á su privanza, es indispensable que haya en el agraciado una transformacion; luego son eliminados los vestidos plebeyos, desaparecen los modales populares, sucediéndoles la finura de los palacios y el lujo de la córte. ¿Cuánto más necesaria sería la mutacion si el favorecido fuera un hijo del mismo soberano, que, arrastrado por el vértigo de las pasiones juveniles, hubiese abandonado los dorados salones del alcázar paterno por la mísera habitacion de una meretriz, en la que viviera hasta el momento en que reconoció sus yerros y obtuvo perdon de sus faltas? El corazon, ántes degradado, debe desprenderse de los sentimientos que lo arrastráran al envilecimiento, y revestirse de otros nobles y sublimes que lo hagan digno de la majestad real; porque no sentaria bien que un ánimo abyecto se pusiese al frente de empresas generosas; no sería justo que al lado de un monarca vestido de púrpura y brocado se colocase un príncipe cubierto de harapos: tanto exigen el honor de los pueblos, la grandeza del sólio imperial y la idea grande que tienen las naciones del trono de sus Reyes.

Raciocinemos, pues: cuando el hombre ha sido regenerado en las aguas del bautismo, es un príncipe con derechos al reino celestial; y miéntras conserve la blancura de la inocencia, puede llamarse hijo adoptivo de la Divinidad, y coheredero del mismo Hijo natural de Dios; mas cuando voluntariamente rompe con su Padre celestial, quebrantando sus preceptos, hace renuncia de sus derechos. ¿Será admitido de nuevo á los goces de su soberanía

sin haberse purificado? ¿Podrá llenar cuanto exigen la justicia y santidad divinas que ha despreciado con corazon aleve? Ciertamente es que el amor divino, apoderándose del alma pecadora, puede excitar en ella tan activos ardores, que reduzcan á escoria hasta la más imperceptible mancha; es verdad que tanta puede ser la penitencia á que se condene el pecador despues de cometido el crimen, que quede su alma más blanca que la nieve y más pura que la luz del sol: la Magdalena á los piés de Jesucristo, y Pedro despues de su negacion, son prueba irrecusable de esta verdad. Pero ¿qué! ¿Tienen todos los pecadores el dolor de la Magdalena? ¿Se entregan todos á los rigores penitentes de Pedro? ¿Derraman todos tan copiosas lágrimas? No; el amor divino tiene sus grados en el alma compungida; unos aman heroicamente y con toda la intencion posible, y dieran mil vidas por aplacar á su Dios ofendido; otros aman en grado medio, absteniéndose de cometer el crimen, pero sin haber dado al cielo una satisfaccion cumplida. Entónces entra la Justicia divina á completar la obra que el hombre no concluyera, purificando con el fuego de la expiacion en la otra vida lo que no expurgara el fuego del amor en ésta.

No es mia esta idea; la encuentro ya altamente explicada por el sublime Agustin; la veo tambien indicada por el profeta Malaquías. Llama aquél al fuego del purgatorio suplemento del fuego del amor divino que faltara al hombre; extasiado éste, baja en espíritu al lugar de la purificacion de las almas, y observa cuanto pasa en la lóbrega mansion. ¡Ah! Es un horno encendido cuyas llamas exceden infinitamente á las lavas del Etna, á los rios de fuego del Mongibelo; el mismo Dios le da el pábulo devorador; el mismo Dios atiza los carbones; el mismo Dios tiene en su mano el crisol. *Sedit conflans et purgavit filios Levi.* ¿No habeis entrado alguna vez en la oficina de un escultor? ¿No habeis observado sus ope-

raciones cuando quiere dar el último pulimento á una estatua de oro, figura de algun hombre grande? Se sienta á contemplarlo con vista perspicaz; la vuelve y revuelve por todas partes; músculos, artérias, venas, manos, piés, ojos, boca, frente, en fin, cuanto exprime el admirable compuesto humano en general, cuanto representa las nobles excelencias del espíritu en la fisonomía, es registrado con escrupulosidad. «Estas manos, dice, no están tan tersas y torneadas como las tenía el héroe; estos ojos no exprimen su espíritu fogoso y emprendedor; en la frente no manifiesta la serenidad, la calma y la clemencia; esta cabeza no representa aún toda la nobleza y majestad;» y al decirlo, nuevamente entra la estatua entre las llamas, nuevamente es atormentada por el cincel, hasta que, encontrándose idénticamente asimilada al prototipo, sale del taller del artista para ser colocada en las casas de los príncipes.

Así fuera visto Dios por Malaquías purificando y puliendo el alma que no tiene el debido tesor para entrar en el palacio del Rey de la gloria; porque entre todos los séres visibles, sólo el hombre fuera criado para representar en sí al Sér Divino, no sólo por las potencias del alma, sino tambien por sus actos de santidad y justicia; ningun pecado, por horrendo que sea, puede destruir aquella imágen de la Divinidad; pero la desdora, la oxida y la degrada, y miéntras no desaparezca este herrumbre, no sólo con la sangre de Jesus, sino con la propia satisfaccion, Dios, como soberano artífice, la ha de limpiar, hasta que réflejen en ella con toda perfeccion sus atributos Divinos. *Sedit conflans et purgavit filios Levi.*

Voy á resumir: Dios, que es infinitamente justo, no puede dar la corona de la gloria al pecador rebelde, si éste no ha satisfecho ántes á la justicia divina con los méritos del Redentor, y sus propias obras fundadas en la gracia; Dios, infinitamente santo, no puede admitir en

su córte soberana al que no sea tan puro y santo como Él, con la sola diferencia que média entre lo finito é infinito; esta idea de la santidad y justicia de Dios está hondamente radicada en la masa de la humanidad, y si quisiera deshacerse de ella, se destruiria, con la fragosa y horrenda conmocion que sufre un cuerpo al inflamarse el combustible que encierra en su seno. En estos dos atributos divinos estriba el dogma del purgatorio; admitidos aquéllos, es innegable el fuego de la expiacion.

De cuanto acabo de afirmar resalta una verdad; á saber: que por abstractos que sean los dogmas divinos, ninguno está en contradiccion con la razon humana, ántes viene ésta á apoyarlos, porque encuentra en ellos una armonía perfecta con los principios generales y con todo aquello que constituye la esencia Divina y la naturaleza humana. Sí, nobles guerreros; la Religion ha señalado la marcha que habeis ejecutado hoy desde vuestro cuartel, depositario de vuestro valor, hasta el santuario, depositario de vuestra piedad; pero la razon con sus luces confirma vuestros sentimientos; bajo las mismas banderas combatísteis con muchos de vuestros camaradas, que hoy no existen; bajo un mismo vivaque sufrísteis los rigores de los elementos; vuestras penas eran llevaderas por ser comunes á todos; os amábais, os ayudábais mutuamente en los peligros, teníais unidad de creencias, unidad de leyes, unidad de accion, unidad de simpatía; ¿os habeis olvidado de ellos? No, porque la Religion y la razon dicen al hombre que un amor fundado en principios sanos no desaparece jamás entre séres espirituales; no, porque la Religion y la razon enseñan que somos habitantes de la pátria terrena, por tener un cuerpo material, y esperamos ser moradores de la patria celeste, por tener un alma inmortal; estos nobles sentimientos, inspirados simultáneamente por la fé y la luz de la razon, son el principio de la sociedad y simpatía que hay entre los que aún

están atados al cuerpo mortal, y los que transmigraron al seno de la eternidad; deseamos unirnos á los que son ya eternamente felices; deseamos ser útiles á los que se encuentran detenidos en las cárceles donde son purificados; ¿ puede darse armonía más dulce entre los ánimos? ¿ Podía salir tan gran sistema de union de otras manos que de las del Criador? Pues bien: este sistema admirable es comun al rey y al vasallo, al rico y al pobre, al hombre guerrero y al inerme ciudadano.

Apoyado en estos principios, no he dudado afirmar que es compatible la bizarría militar con la piedad cristiana; mucho más podré publicar esta verdad al ver hoy ocupado el santuario del Rey pacífico por denodados campeones y soldados, á quienes las glorias de las armas no hacen olvidar la religiosidad de sus creencias; sí, esos corazones que, cual muro férreo, resistir pueden á legiones numerosas, han tenido siempre en su fondo un gérmen de piedad oculto entre el bronce y el acero, pero siempre dispuesto á demostrar al mundo que el soldado español tanto tiene de heróico en la guerra como de religioso en la paz; vuestras oraciones por los finados, cual suave perfume, han penetrado hasta el cielo; escuchad... el momento se acerca... las bóvedas sagradas van á resonar de nuevo con los lúgubres ecos que vuestra piedad dirige al cielo, para que se abran sus puertas de zafiro, y penetren por sus umbrales las almas de vuestros hermanos, que bajo estos estandartes sirvieran á su Dios y á su Pátria; cuando el sacerdocio exhale sus acentos sagrados, fijad en ellos vuestra vista; pensad que son aquellos mismos que alentáran en mil combates al religioso y heróico pueblo Ibero, y lo colmaron de laureles y de renombre inmortal; son los mismos que vencieran en el Salado, en las Navas, en Sevilla, en Lepanto, en Amiens, en Pavía, en el Perú, en el Anahuac, y en cuantas partes alumbra el sol; son los mismos que enar-

bolára el heróico Pelayo, el religioso Fernando, el intrépido Gonzalo, el pundonoroso Guzman y el sin par Cortés; son los mismos que dieron héroes á nuestra patria y Santos al Catolicismo; la Religion los ha consagrado, y al ponerlos en vuestras manos, no sólo os los diera como enseña de vuestro valor, sino como monumento perenne de las glorias de que sois solidarios; glorias tanto más nobles, cuanto más antiguas. Presentad, pues, al Eterno los méritos del Redentor, por cuya gloria se sacrificáran millares de vuestros padres en tantas campañas cuantas pueden caber en ocho siglos; y, no lo dudeis, sus almas, encerradas hasta este momento en los fuegos de la expiacion, volarán como cándidas palomas á la dulce mansion de la eterna paz. Amen.
